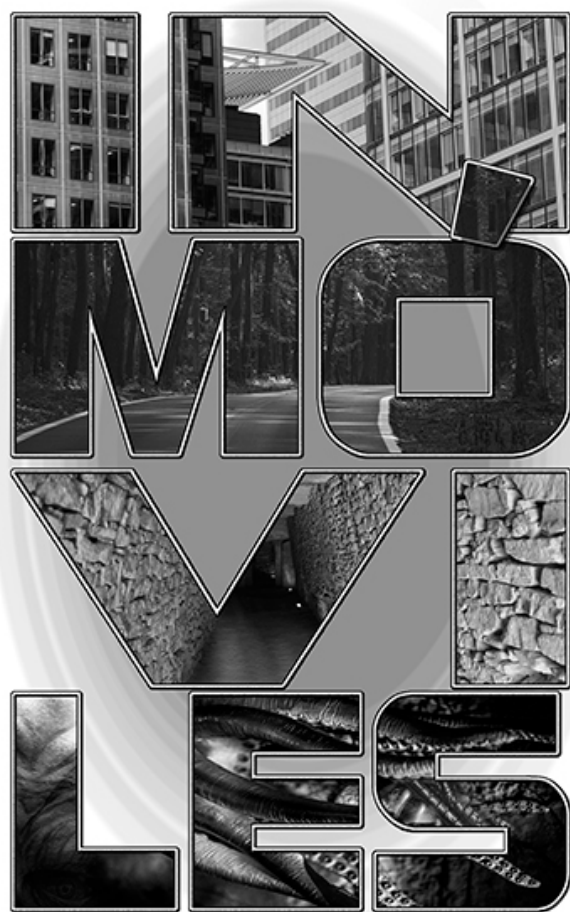




*Aunque los escenarios en los que suceden los hechos narrados en este libro son reales y existen en la actualidad, los eventos relatados son totalmente ficticios, al igual que los personajes que los protagonizan y sus nombres. Cualquier parecido con personas o hechos reales, pasados, presentes o futuros no es más que fruto de la casualidad, sin intención alguna por parte del autor.*



¿Qué harías si de repente todo se detuviese a tu alrededor?

# INMÓVILES

©Juan José Díaz Téllez

***Diseño de cubierta y maquetación:***

Juan José Díaz Téllez

***www.novelandeterror.com***

***FB: <http://www.facebook.com/JUANJOESCRITOR>***

***TW: @juanjoescritor***

***email: [info@juanjoescritor.com](mailto:info@juanjoescritor.com)***

*Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del autor.*

*A quienes siempre me han apoyado y lo siguen haciendo día a día.*

*A quienes dedican parte de estos tiempos en los que priman Netflix, HBO, la inmediatez y las redes sociales a leer lo que escribo.*

*A quienes han reseñado mis libros, los han compartido en redes sociales, los han recomendado y han colaborado a que sean conocidos. Gracias.*

*A quienes no les gustan mis libros, pero respetan el trabajo que llevan detrás y las incontables horas disueltas entre sus páginas.*

*A Eli, por avisarme de los errores.  
A María Jesús, Ángel, Amanda y Melinda. Siempre.*

*Moveos.*



## PRÓLOGO

La niña no aparentaba tener más de ocho o nueve años, aunque aquellos ojos inmensos de color miel claro parecieran ocultar siglos de experiencias y sabiduría tras de sí. Estaba cogida de la mano de su madre, quien se encontraba en plena conversación con la vecina del segundo derecha a la que parecía no haber visto desde hacía años, cuando en realidad se cruzaba con ella una docena de veces —si no más— cada uno de los días de la semana. Iban camino del supermercado, en la misma manzana del edificio en el que vivían y aunque apenas acababan de encontrarse, en la escala de tiempo de la niña, tan parecida a la de un adulto como un huevo a una castaña, habían transcurrido siglos.

Cuando la inmensa mariposa de alas irisadas revoloteó por delante de la naricilla respingona de la niña, ésta se soltó de la mano de su madre e intentó llamar su atención con uno de sus *grititos* marca registrada, pero desechó la idea con un gesto de tristeza infinita, sabedora de que no iba a conseguir que se girase y la atendiera ni en un millón de años. La mariposa, como si hubiera podido leer su pensamiento, se dejó admirar una vez más volando a escasos centímetros de su cara, arrancando destellos al sol para devolverlos teñidos de los colores del arcoíris.

## **INMÓVILES: Día**

Tras un último vuelo de exhibición, se desvió de su camino y atravesó la concurrida carretera en dirección a una llamativa flor de color rojo intenso que crecía en un parterre al otro lado de la calle para acabar deteniéndose, tras un par de graciosos aleteos, sobre los acolchados estambres. La niña, sin apartar la vista de ella, y sin pestañear siquiera, se lanzó corriendo a la calzada. Era hora punta, y la carretera estaba tan concurrida que era complicado alcanzar a ver un trozo de asfalto libre entre los neumáticos. Sin embargo, la irrupción de la niña de forma inesperada y a toda velocidad en los dominios del tráfico, contra todo pronóstico, no acabó en la tragedia que era de esperar. No hubo sangre, no hubo una madre lamentándose cada uno de los días de su vida por no haber sido más cuidadosa, no hubo un conductor que necesitase terapia por lo que había ocurrido. Al contrario, la niña atravesó la calzada sin preocuparse lo más mínimo por los vehículos. De hecho, era un acto repetido tantas veces con anterioridad que había llegado a establecer amistades imaginarias con cada uno de los conductores. Caminó por delante del gigantesco camión, a cuyo conductor había bautizado con el nombre de Edu, que era su mejor amigo en el cole. Sin embargo, el Edu que conducía el camión era bastante más feo, e inmensamente más grande. Además, parecía tener un humor de perros, porque llevaba muchísimo tiempo gritando a Lidia, nombre que la niña le había dado a la muchacha rubia que conducía la motocicleta e impedía al camión girar hacia la izquierda para acercarse a la acera, donde tenía previsto detenerse. La niña admiró el largo cabello rubio que asomaba bajo el casco y se estiraba hacia atrás en paralelo al suelo como efecto de la velocidad, y durante un instante se preguntó cómo sería el rostro de la chica, más allá de lo que la visera permitía vislumbrar. El recuerdo de la mariposa le hizo desviar la atención de la muchacha y correr hacia la otra orilla de la calle, pasando por delante del coche rojo de Alberto, del verde de Julia, y por último bajo la motocicleta de Pedro, el muchacho que tanto se parecía a su



hermano mayor —por eso le había dado su nombre— y que estaba congelado en un eterno *caballito*, con la rueda trasera sobre el asfalto y la delantera unos centímetros por encima de la cabeza de la niña. Aunque ni por asomo iba a golpearse al pasar bajo la rueda, se agachó de forma instintiva, como hacía siempre, y caminó bajo la estructura del chasis hasta alcanzar por fin el bordillo del otro lado. Subió a la acera y, sonriente e impaciente a partes iguales, se dirigió a toda la velocidad que le permitían sus cortas piernas en pos de la mariposa, que seguía apoyada sobre el estambre moviendo rítmicamente sus patas como el gato mulle con sus garras el almohadón sobre el que tiene previsto echarse a dormir la siesta. Justo cuando la niña llegaba por fin al lugar en el que la mariposa parecía estar esperándola, la flor se dividió en dos mitades, una superior y otra inferior y, como si se tratase de una escena de dibujos animados, atrapó al lepidóptero entre sus recién creadas fauces vegetales, lo masticó con deleite durante unos instantes y con un acceso de tos regurgitó un ala masticada que planeó hasta el suelo, liviana, donde quedó como único vestigio de la mariposa de la que había formado parte.

La niña apartó la mirada con tristeza. A pesar de que llevaba poco tiempo allí, no había tenido más remedio que aprender, a las malas la mayoría de las veces, que las cosas que crecen sobre las normales se comportan de maneras extrañas y que a veces no son buenas. Había aprendido a diferenciar las bayas que eran comestibles de las que no, a costa de un buen dolor de tripa. Había aprendido que el agua que tenía siempre encharcado el macetero de la entrada de casa se podía beber a pesar de tener ese color tan raro. Olía dulce y sabía cómo los refrescos que mamá le prohibía tomar, pero de todos modos ella había dejado de vigilarla hacía ya tanto tiempo que le dolía recordarlo. Se había atrevido a explorar los alrededores, sin alejarse demasiado, eso sí, porque entre los parterres de flores que adornaban la avenida a veces se oían moverse animales, como grandes lagartijas que se ocultaban al pasar ella cerca.

## **INMÓVILES: Día**

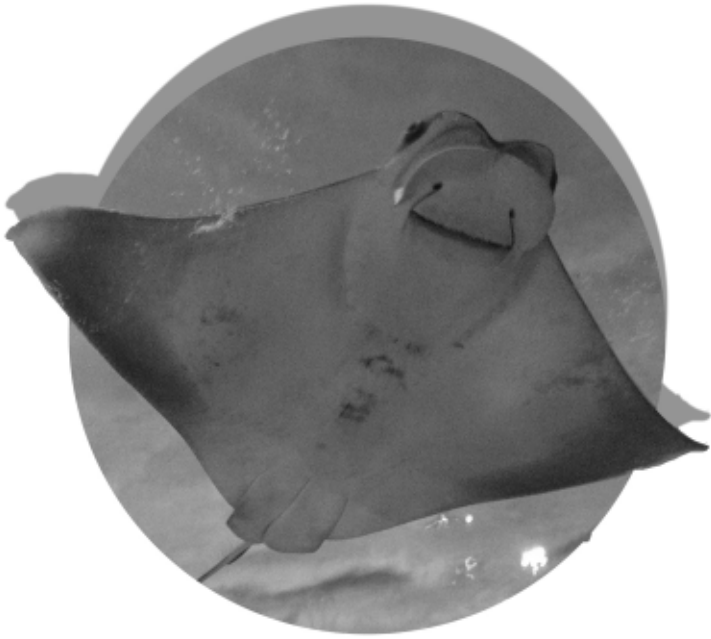
Pero si había algo que tenía claro era que jamás, bajo ningún concepto, debía acercarse a las zonas en sombra. Mientras hubiese luz no había peligro. Pero en la oscuridad...

Por suerte, nunca se hacía de noche.

Cabizbaja, tomó el camino de vuelta por el mismo sitio por el que había pasado antes en sentido contrario, por debajo de la moto, sin prestarle ninguna atención a Pedro, a Julia, a Edu el camionero, y ni siquiera a Lidia con su eterno pelo rubio ondeando al inexistente viento. Al llegar al otro lado de la acera se agarró de nuevo de la mano de su madre y se echó a llorar. Ésta, congelada en su eterna conversación sin palabras con la vecina del segundo, se mantuvo tan inmóvil como una de las estatuas que la niña estudiaba cuando iba al colegio, cuando las cosas se movían y las personas, entre ellas su madre, le respondían cuando ella reclamaba su atención.







**PARTE I**  
**[...]**  
**LA LLEGADA**



## **CAPÍTULO I**

### **LA CALMA QUE PRECEDE A LA TEMPESTAD**

—Jo mamá... ¿de verdad hace falta ir a comprar ahora?

—¡Depende de si puedes aguantar sin comer el domingo entero hasta el lunes. A mí me viene bien, porque así ahorraremos algo por fin en esta puñetera casa! —gritó Teresa. Había estado intentando tranquilizarse conforme se acercaba al cuarto de Lucas para evitar darle una respuesta desproporcionada a su hijo, pero una vez más sus buenas intenciones se habían disuelto como el humo en un vendaval a las primeras de cambio. Sabía sin el menor atisbo de duda lo que el niño le iba a decir antes de que lo hiciese, porque aquella misma escena la habían representado cientos de veces con anterioridad, una por cada vez que era necesario rellenar la casi exhausta despensa de la casa.

El principal inconveniente era que frente a la incansable capacidad de protestar de su hijo, Teresa tenía cada vez menos ánimo. De hecho, la que otrora fuese su inagotable fuente de la paciencia había comenzado a secarse poco a poco hacía cosa de una semana más o menos, cuando Berto, su siempre cariñoso y atento marido, decidió hacer mutis por el foro y desaparecer sin dejar rastro dejándola a ella a cargo de sus dos hijos: Lucas, el nada-me-viene-bien que tenía delante, que acababa de

## INMÓVILES: Día

cumplir la nada desdeñable edad de doce años, y el que se encontraba ahora en la habitación contigua, Tonio, que rozaba la siempre complicada frontera de los dieciséis a los diecisiete, y con el que tendría que enfrentarse en unos minutos. Y todo eso sin contar con la hipoteca que apenas habían empezado a pagar, las letras del coche al que aún le quedaban casi tres años, y el maremágnum de facturas de luz, agua, teléfono, Internet, etc., que sus hijos parecían estar empeñados en engordar sin medida mes tras mes derrochando todas las energías y recursos naturales que tenían a su alcance. Gracias cariño por los favores recibidos, y ojalá te estén dando mucha morcilla allá por la gran puñeta o donde quiera que te encuentres.

En los meses anteriores a la desaparición de su esposo las cosas no iban del todo bien, pero nada —o al menos nada que ella percibiese—, la hizo sospechar que él tuviera la intención de quitarse de en medio y dejarla colgada de esa manera. Por aquellos entonces seguían viviendo en su cuchitril en Vistafranca, en la zona oeste de Málaga, un habitáculo de apenas cuarenta y pocos metros cuadrados en el que *sobrevivieron* cerca de quince años.

Había sido su hogar desde su boda, un año antes de que Tonio abriese los ojos al mundo por primera vez, y en un principio la casa, aún teniendo muchos más contras que pros, les había parecido lo mejor del mundo. A pesar de su tamaño y de ser un quinto piso sin ascensor, al menos era suyo. El espacio era prácticamente cuadrado, por lo que los escasos metros estaban bastante bien repartidos entre un simulacro de salón, dos dormitorios de un tamaño respetable en comparación con pisos mucho más grandes, un diminuto cuarto de baño en el que era impensable que entrasen dos personas al mismo tiempo, y una cocina de similares características.

Cuando Lucas hizo acto de presencia, tuvieron que poner unas literas en el que pasó de ser el cuarto de Tonio a convertirse en el cuarto de los niños, pero con todo y con eso, seguían



sobreviviendo. Aunque las escaleras habían hecho estragos en las rodillas de ambos tras más de diez años de subir y bajar los cinco pisos unas cuantas veces al día, seguían sobreviviendo. Aunque la intimidad era algo que brillase por su ausencia en tan reducido espacio, seguían sobreviviendo. Y lo hacían porque no tenían más remedio, porque los trabajos de ambos no daban para más, porque aunque Berto tarde o temprano iba a dar la campanada con alguno de sus inventos ridículos, aún no lo había hecho. Porque aunque ella iba a ser la nueva *J.K.Rowling*, aún no había aparecido la editorial que se dignase a leer alguno de sus manuscritos. De este modo, cuando Berto trajo aquella publicidad que prometía chalets en Málaga al precio de pisos, decidieron que al menos irían a curiosear.

Villas del Arenal. La zona, contra todo pronóstico, estaba en Málaga capital, no a pocos minutos por la autovía como solían engañar la mayoría de las urbanizaciones que se encontraban a las afueras de la ciudad. De alguna manera pasaba desapercibida entre los polígonos comerciales, pero allí estaba. Preciosos adosados y pareados a precios, sino razonables, al menos no inalcanzables. Cuando los niños vieron el adosado que el vendedor les estaba enseñando, se sintieron en otro mundo. Dos plantas, cuatro dormitorios, tres cuartos de baño. ¡Tres! ¡El fin de las discusiones y los golpes en la puerta! Y el jardín en el patio trasero. Había sitio incluso para montar su propia piscina.

Hicieron números. Todos los del mundo. Y cuatro de cada cinco veces que calculaban y recalculaban las posibilidades, veían que no era razonable, que difícilmente iban a poder pagar la casa. Pero había una de cada cinco que sí. Y a esa se agarraron. Un banco, cientos de firmas, y ochocientos y pico euros al mes después, estaban organizando la mudanza. En tan sólo dos meses ya estaban instalados en su nueva vivienda, y Vistafranca ya era tan sólo un mal recuerdo.

Y he aquí, oh sorpresa de las sorpresas, que a pesar de que las condiciones en las que habían pasado a vivir se parecían a

## **INMÓVILES: Día**

las que tenían en su anterior domicilio tanto como una cena en el Bulli a otra en el McDonalds, se ve que la presión pudo con Berto, porque no llevaban ni seis meses en la nueva casa, con muchas cosas aún sin colocar en su lugar definitivo, cuando desapareció.

La noche anterior a que aquello ocurriese habían estado discutiendo acerca —por supuesto— de cómo iban a hacer frente a los pagos si las cosas se ponían feas en el trabajo. Tenían una pequeña cantidad aún ahorrada, unos cuantos euros que sobrevivían de mala manera en su cuenta corriente tras el descalabro que les había supuesto pagar la entrada de la nueva casa, pero nada a tener en cuenta como para ir más allá de un par de meses sin sueldo.

Berto le dijo que había posibilidades de que en su trabajo hubiese una reducción de plantilla importante. Como no podía ser de otra manera aquello puso de los nervios a Teresa, pero Berto, el siempre optimista cabeza-llena-de-pájaros trató de pintarle el futuro de color de rosa basándose en una idea que rondaba por su cabeza, un cepillo de dientes revolucionario. Lo malo de los inventos de Berto era que en el noventa y nueve por ciento de las ocasiones acababan como los del señor Peltzer en los Gremlins, no como estrella de ventas en la teletienda, así que Teresa se lo echó en cara, a lo que él respondió atacando a su Saga del Hechicero diciéndole que era una mala copia de Harry Potter. Siempre que usaban las armas de destrucción masiva en una de sus peleas necesitaban de un par de días o tres para que las aguas volvieran a su cauce, pero en aquella ocasión no dispusieron de ellos.

A la mañana siguiente ambos desayunaron y se asearon como completos desconocidos, intentando no coincidir en la misma habitación más allá de lo imprescindible. Como era martes y los días pares le tocaba a ella llevar a los niños a clase y recogerlos luego, Berto salió de casa en el coche pequeño casi media hora después que ellos, y desapareció de sus vidas.

Aquella tarde no regresó a casa, ni a almorzar ni a dormir por la noche. Al día siguiente no fue al trabajo, y Teresa denunció la desaparición a la policía. Un par de días más, y tuvo que explicarle a los niños lo que había pasado. Las primeras horas fueron lo peor, con el corazón a ritmo de samba cada vez que sonaba el teléfono, y los continuos viajes a comisaría para ver si había alguna novedad. A pesar de que el inspector Ramírez se involucró totalmente en su caso, no había conseguido nada reseñable. Su última conversación, días atrás, le sonó como un carpetazo, un *hasta la vista, baby*, no hay nada más que podamos hacer.

—Lo siento, Teresa —le había dicho el inspector Ramírez, quien se sentía con la confianza necesaria como para dirigirse a ella por su nombre en lugar de por su apellido—. No hay nada nuevo respecto a su marido. Y debo serle sincero: lo normal es que a estas alturasuviésemos alguna pista al menos. A diario desaparecen personas que, simplemente, no quieren ser encontradas. Pero créame, tengo más experiencia de la que quisiera en desapariciones, tanto voluntarias como forzadas. Siempre queda alguna pista, un... —el inspector hizo una pausa, como midiendo lo que quería decirle— bueno, le puede sonar ridículo, pero es una especie de aura, un rastro que, aunque invisible para cualquier persona, a ojos entrenados es tan fácil de detectar como un olor para un perro. En el caso de su marido, no he conseguido detectar dicho rastro. Ni la más mínima señal. Es como si se hubiese volatilizado.

Pero eso era cosa del pasado. Reciente, pero pasado. No había tenido más remedio que hacerse a la idea de que, mientras Berto se decidía a dar señales de vida, tendría que tirar ella sola de la casa, gracias cariño por los favores recibidos. La huida de Berto había tenido, como era lógico, un efecto dominó, obligando a Tonio a crecer de golpe y a ocuparse de su hermano cuando ella no estaba, y a ella a multiplicarse por diez para poder hacer frente a las tareas de casa además de las propias de su trabajo.

## **INMÓVILES: Día**

Mientras sus esfuerzos como escritora se decidían a dar sus frutos, Teresa se arrastraba como podía por su trabajo de dependienta en El Corte Inglés, en la sección de libros. Al menos, era su pequeña venganza con el destino: después de todo, sí se podía decir que, de alguna manera, vivía de los libros. Como su sueldo era del todo insuficiente, y no tenía ni idea de qué iba a ocurrir si Berto persistía en la rabieta y dejaba su trabajo — no quería ni pensar en esa posibilidad —, puso a funcionar su imaginación para intentar sacar dinero hasta de debajo de las piedras: pensó en escribir cuentos cortos por las noches, mientras el cuerpo aguantase, y ponerlos a la venta en amazon. Si eso funcionaba, empezaría con el merchandising: peluches hechos a mano, broches para el pelo... y si no funcionaba, haría los mismos artículos pero de personajes famosos: pokemon, la patrulla canina o las princesas Disney. Puede que no fuera legal, pero le daba lo mismo. Mientras no se hiciera demasiado grande como para destacar en el inmenso océano que era internet, podría pasar desapercibida. Y por lo que a ella respectaba, mejor que mejor.

Dejó a Lucas protestando en su cuarto pero arreglándose, que al fin y al cabo era su objetivo inicial, y se dirigió a la primera división: el cuarto de Tonio. Si su hijo pequeño andaba algo rebelde en los últimos días, lo del mayor era de juzgado de guardia. No es que estuviese rebelde, es que habría que inventar una palabra específica o una nueva categoría para describir el estado en que se encontraba su hijo el noventa por ciento del tiempo que estaban juntos. Y ella sabía que no sólo era culpa del cóctel de hormonas que hervía en su interior, sabía perfectamente que la salida por la puerta de atrás de su vida con la que su padre le había obsequiado lo había dejado muy tocado en el plano anímico y emocional. No es que Berto fuese el tipo de padre que deslumbra a sus hijos con su forma de ser ni con sus logros, pero a Tonio le encantaba meterse con él en la habitación que hacía las veces de laboratorio y dejar pasar las horas muertas viéndolo trastear sus inventos imposibles

y sus ideas locas. Llevaba poco más de una semana tratando de acostumbrarse a vivir sin su padre, y lo que era peor, sin saber el motivo. Al principio, Teresa lo sorprendió varias veces dentro de la habitación-laboratorio de Berto. Se sentaba allí sin razón aparente y se colocaba los cascos o empezaba a trastear su móvil, usando ese pseudo-lenguaje con el que se comunicaba con sus amigos. Sin embargo, en los últimos días las visitas se habían ido espaciando hasta hacerse casi inexistentes. Últimamente sólo entraba en la habitación ella para quitar el polvo que se acumulaba sobre aquellos extraños artilugios, más como una venganza que porque fuese realmente necesario. Berto se ponía de los nervios cada vez que la veía mover de sitio alguno de aquellos trastos de dudosa utilidad, y ahora ella los cambiaba de lugar sin ningún criterio como si barajase cartas. Aún no se atrevía a dar por cerrado el capítulo, no se atrevía a recoger todos aquellos trastos y guardarlos en cajas. Después de todo, tenían espacio más que suficiente para vivir los tres sin tener que recurrir al de aquella habitación.

Llegó a la habitación de Tonio sin apenas darse cuenta, perdida como estaba en sus pensamientos. Al contrario que la de Lucas, aquella puerta siempre estaba cerrada. No con cerrojo, porque Teresa los tenía totalmente prohibidos en la casa, exceptuando los de los cuartos de baño, pero sí con los imaginativos carteles de “Prohibido el paso”, “Perro peligroso” y “Trespassers will be shot”, algo así como “Se disparará a los que pasen”, muy del pan nuestro de cada día en los Estados Unidos. Teresa golpeó con los nudillos un par de veces en la puerta, y esperó que su hijo tuviese el arma descargada ese día.

—¿QUÉ? — se oyó una voz nada amigable desde el interior. Teresa pensó en dos opciones: su hijo estaba en medio de una partida a través de Internet de algo que tuviese como objetivo matar zombis, o bien estaba enganchado en la tele de su cuarto a esa serie que ella odiaba, los *Walking Dead*. No entendía esa obsesión de su hijo por las cosas muertas que volvían a la vida, y menos aún ese interés por volverlas a matar.

## INMÓVILES: Día

— ¿Puedo pasar? — preguntó Teresa.

— *Jo* mamá... ¿Ahora? — parecía que el “*jo* mamá” en aquella casa era algo así como un código de inicio de frase para hablar con ella. Como el “corto” en una conversación entre radioaficionados, pero para empezar en vez de para terminar.

— No, ahora no. Es que quería hablar contigo esta noche, y he pensado en pedirte audiencia para asegurarme de que tendrías un hueco en tu agenda — contestó ella sarcásticamente —.

¿Puedo pasar?

Silencio al otro lado de la puerta.

— *Vaaale*. Pasa.

Teresa percibió, como casi siempre, dos sensaciones clásicas al abrir la puerta: por un lado, el olor. En algún momento indeterminado en el tiempo, su bebito pequeño que siempre olía a gloria, a una mezcla entre colonia Nenuco y crema hidratante, se había transformado en aquella criatura que olía de una manera bastante similar a la de los zombis que tanto le gustaban. La segunda sensación era la de que iban a tener movida, porque de las dos opciones posibles, su hijo estaba jugando una partida a través de Internet. Si se tratase de un capítulo de la serie, hubiese pulsado el *stop* a regañadientes y le habría prestado atención, pero cuando jugaba, y más aún cuando era *online*, el mundo se tenía que detener hasta que él acabara, porque allí no había pausa posible, o bien lo mataba alguno de los otros jugadores, o algún zombi descarriado con mucha mala leche. Teresa tomó aire, y se preparó para la lucha diaria, capítulo dos.

— Tonio...

— ¡Espera Mamá! ¿Cuántas veces te he dicho que no me molestes si estoy en medio de una partida?

La habitación estaba a oscuras, con las persianas bajadas, a pesar de que le había dicho un millón de veces que iba a perder visión a marchas forzadas como siguiera por ese camino. El monitor al que estaba conectada la consola miraba en sentido contrario al de la puerta de la habitación, por lo que lo único

que ella veía era la parte trasera del mismo, y la cara de su hijo con la mirada perdida. Lo que Teresa suponía — con toda la razón del mundo — que eran imágenes de una violencia extrema, se superponían a gran velocidad unas con otras generando una cascada de colores que se reflejaban en la cara de su hijo, con predominio de los tonos rojizos.

Rojo sangre para ser más exactos.

— Necesito que me acompañéis al Carrefour a hacer la compra...

— ¿Qué? ¿QUÉ? — gritó su hijo sin separar la vista un momento de la pantalla ni detener el frenético golpeteo de los dedos sobre los botones del mando — . ¡Ahora no puedo! ¡Vete tú con el enano! — protestó.

— Voy a comprar cosas que pesan demasiado. Vamos a necesitar músculo — respondió Teresa, con un guión aprendido en miles de batallas previas, intentando no encenderse, pero sabiendo que era una lucha perdida. En breve le empezaría a arder las tripas e iba a soltar por la boca algo de lo que se arrepentiría con toda probabilidad cuando las aguas volvieran a su cauce — . Si pudiera hacerlo yo sola no pediría vuestra ayuda, puedes estar seguro — afirmó.

— ¿Y esta manía de comprarlo todo por toneladas? — protestó Tonio — ¿No puedes comprar unas cuantas botellas de agua y dos o tres litros de leche? ¿Te tienes que traer tres cajas de cada?

Aquello era lo que Teresa estaba temiendo. El exceso de *radiación gamma* en sus venas hizo que *el Increíble Hulk* saliera de golpe arrasándolo todo a su paso. Sintió que el estrés acumulado tomaba el control, y no pudo hacer otra cosa que dejarse llevar.

— ¡Voy a hacer lo que a ti te dé la gana! ¡Voy a estar todo el día camino del supermercado, gastando gasolina! ¡A ver si te enteras de una puñetera vez de que NO TENEMOS DINERO! ¡Y a ver si colaboras en algo EN VEZ DE PASARTE TODO EL PUÑETERO DÍA JUGANDO A GILIPOLLECES!

## INMÓVILES: Día

— ¡Vale! ¡VALE! — gritó Tonio y se levantó de golpe, apagando la pantalla y dejando la consola encendida. Salió del cuarto como un toro sale del chiquero, casi arrastrando a su madre al pasar junto a ella, bajó los escalones de tres en tres y se metió en la parte de atrás del coche, cerrando con un sonoro portazo.

— ¿Qué pasa? — preguntó Lucas, asomando desde las profundidades de su cuarto.

— ¡Tú al coche YA! — le ordenó Teresa.

— Vale, *vaaale* — respondió el niño, bajando con parsimonia las escaleras. Teresa se quedó apoyada contra la pared mientras el pulso recuperaba su ritmo normal. Sabía que no debía perder los nervios de esa manera, pero tenía muchos frentes abiertos en otras tantas batallas, y la situación la superaba sin remedio por mucho que ella intentara mantener la cabeza por encima de las olas. Sentía que Tonio se le estaba escapando como agua entre los dedos, y temía el momento en que Lucas siguiera sus pasos. Lo peor era que no tenía ni idea de cómo revertir la situación, cómo volver a ser la familia feliz que habían sido, ahora que faltaba uno de sus miembros y ella se veía incapaz de manejar al resto.



## CAPÍTULO 2 INMÓVILES

Como era previsible, el camino al hipermercado fue una tensa y silenciosa espera. Tonio llevaba colocados los auriculares y la gorra de visera encasquetada hasta las cejas, totalmente aislado de los modos *video* y *audio* del resto del mundo. Podía haber sido sustituido por un monigote sin que Teresa se diera cuenta de ello hasta que llegasen a su destino y lo intentara hacer bajar del coche. Lucas, por su parte, miraba con expresión ausente el paisaje que se deslizaba con rapidez por los cristales de su ventanilla. A aquellas horas de la tarde del sábado — acababan de dar las cinco —, la mayoría de las criaturas inteligentes que poblaban aquella parte del planeta se repartían en dos grandes grupos: las que estaban tiradas en el sofá reposando el almuerzo y reponiendo fuerzas para la última noche loca del fin de semana, y los que ya estaban disfrutando del mismo al aire libre. Luego quedaban algunos corpúsculos compuestos por pocos integrantes que, o bien estaban trabajando, o haciendo cosas por obligación. A este último grupo pertenecían Teresa y sus dos hijos. El Dacia Logan plateado propiedad de la familia desde que se mudaron —ya que nos metemos en la hipoteca, aprovechamos y pedimos doce mil euros más y cambiamos de

## **INMÓVILES: Día**

coche, gracias de nuevo cariño — , salió del paso soterrado que daba acceso al Carrefour Los patios bajo la Avenida de Velázquez, la principal arteria de acceso a Málaga capital desde los pueblos de la Costa, léase Torremolinos, Benalmádena, Marbella y demás habituales de programas del corazón en verano. El aparcamiento aparecía casi desierto a pesar de ser uno de los días estrella de la semana para las compras, en parte por la hora, en parte por estar casi a finales de mes, y en parte gracias a la puñetera crisis que arrasaba España, Europa, y buena parte del resto del mundo. Teresa aparcó con la parte del maletero hacia afuera con dos estudiados golpes de volante para hacer más fácil luego el descargar el carrito de plástico azul, abrió la puerta y descendió del vehículo. Lucas hizo lo propio, pero como era de prever, Tonio iba a hacerse de rogar, así que como ella no tenía en absoluto la más mínima intención de librar la segunda batalla de la guerra que se había abierto entre ambos en el Carrefour, abrió la puerta del conductor de nuevo y arrojó la llave del coche al lado de su hijo. No dijo nada, porque sabía que ninguna voz por fuerte que fuese iba a poder derribar la barrera de sonido que se había construido con los cascos, así que cerró de nuevo la puerta, introdujo una moneda de euro en uno de los carros azules — los rojos eran considerablemente más pequeños, e iban a ser insuficientes para lo que tenía previsto comprar — y se dirigió al interior del almacén con su hijo pequeño. No se había alejado más que unos pasos cuando oyó el familiar portazo y el bip que le indicaba que su hijo mayor había salido del coche y activado la alarma. «Gracias bendita experiencia por los favores recibidos» pensó, y cruzó las puertas automáticas deslizantes seguida a cierta distancia por Tonio.

Unos pasos antes de que el muchacho entrase en el hipermercado una figura apareció entre los coches del aparcamiento, y se interpuso entre él y las puertas automáticas. Teresa y Lucas, ya dentro del centro comercial, no se apercibieron de ello, y durante un instante Tonio, perdido en el estridente mundo

privado carente de estímulos externos que le proporcionaban los cascos, no se dio cuenta de que el hombre le estaba hablando a él.

—¿Cómo? —preguntó. El hombre que había movido los labios sin emitir sonido alguno mientras que *Marshmello*, por boca de *Anne Marie*, repetía incesantemente en los oídos de Tonio que los protagonistas de la canción no eran más que amigos, recuperó su voz cuando el muchacho se retiró los cascos.

—¿Me *da* un euro?

El propietario de la aguardentosa voz era un anciano desdentado de piel oscura, tostada por incontables horas a la intemperie. Su cabello blanco, ensortijado en pequeños rizos que recordaban a las palomitas de maíz, se repartía de forma irregular por su cráneo, dejando de manera cada vez más notoria zonas desprovistas de pelo en la coronilla y en la frente. Su cuerpo era menudo, y la sensación de pequeñez y fragilidad que transmitía se veía acentuada por su forma de moverse, que en ocasiones recordaba a un hipotético *Gollum* de edad avanzada. Llevaba la ropa sucia hasta el punto de que era casi imposible localizar un centímetro cuadrado de tejido en el que las manchas de distintos tonos y antigüedad no peleasen por obtener la mayor cantidad de espacio posible. A pesar de ello, el hombre no olía mal. De hecho, le llamó la atención el olor que emitía de una forma difícil de describir, pero agradable sin duda. Flores exóticas, o algo similar, se habría atrevido a decir.

—No... no tengo dinero —tartamudeó Tonio y se apresuró a esquivarlo para acceder al centro comercial, pero el anciano se movió a una velocidad que no le correspondía, y se interpuso de nuevo en su camino.

—Hay *agujeros* —susurró. Su voz era ahora resbalosa como la seda. El muchacho no pudo evitar sentir un escalofrío que hizo que se le erizara el vello de los brazos—. Ten cuidado con los *agujeros*. Yo puedo verlos, tú no. Así de fácil.

—S...sí,sí... Agujeros... —tartamudeó una vez más Tonio—. C...claro, tendré cuidado con ellos —soltó, y lo esquivó,

## INMÓVILES: Día

esta vez de forma definitiva, con una finta que hubiese hecho palidecer de envidia al propio Pau Gasol. Apenas se había alejado unos metros del hombre cuando volvió a zambullirse en el aislamiento auditivo facilitado por los cascos. *Alan Walker* había recogido el testigo de *Marshmello* y proclamaba en voz de *Noah Cyrus* algo acerca de drogas y adicciones que el muchacho no llegó a entender del todo, y por ello no oyó las últimas palabras del indigente.

— *Tó* es raro en el otro sitio. Es *iguá* que aquí, pero raro. Las *cosa rara* crecen por encima de las *normale* y se retuercen. *Tó* está *parao*, pero las cosas que crecen se mueven. Hay que tener mucho *cuidao* con los *aguhero*. *Muuuuucho*.

Cuando cruzó las puertas deslizantes, Tonio sintió la necesidad de aligerar el paso y unirse al dúo formado por su madre y su hermano lo antes posible, pero le pareció más importante girarse con la intención de comprobar si el mendigo seguía allí.

Había desaparecido, y no pudo evitar un escalofrío al sentir, de una forma imposible de explicar, que el hombre realmente no se encontraba ni en las afueras del centro comercial ni en ninguna otra parte de este mundo. Tan sólo unos segundos después, el desasosiego que le produjo aquel pensamiento fue sustituido sin mucho esfuerzo por la sensación de fastidio por perder el tiempo en el centro comercial, cuando podía estar pegado al mando de la consola masacrando zombis.

Teresa, por su parte, no tenía intención de pasar mucho tiempo haciendo la compra por dos motivos. El primero de ellos era que disponía del dinero justo para comprar lo esencial, sin pasarse ni un ápice. El segundo, que sabía que la calma reinante era la que precedía a la tempestad, y quería salir de allí con la cabeza lo más alta posible, y sin dar un espectáculo.

Como si de un concurso de televisión se tratase, y siguiendo la lista ordenada que Teresa llevaba en su cabeza, recorrieron los pasillos rellenando el carro de los alimentos imprescindibles, todos ellos de marca blanca, buscando el máximo ahorro posible. Ya estaban casi enfilando la zona de cajas, cuando

sucedió lo que Teresa llevaba temiendo desde que llegaron, una mínima salida del guión que hizo que estallase la bomba.

— ¡Mamá, mira! — dijo Lucas, separándose del carro y corriendo en dirección a las cestas metálicas que el centro comercial colocaba de forma estratégica en medio de los pasillos principales con las ofertas de final de stock, o como Teresa las llamaba, las *o lo coges o lo tiramos*. En este caso, lo que había llamado la atención de Lucas era una selección de tebeos de Mortadelo y Filemón que habían rebajado al ridículo precio de cincuenta céntimos por ejemplar.

— Por favor, Lucas, no nos vamos a pasar ahora una hora mirando tebeos — protestó tímidamente Teresa. Lucas absorbía cualquier cosa que tuviese viñetas y que pasara por sus manos, pero era especialmente fan de las ocurrencias de los locos personajes de Ibáñez.

— Sólo un par de ellos, mamá, porfa... ¡Nada más que un euro!

— Está bien — se resignó Teresa. Al menos no le iba a salir demasiado caro —. Pero date prisa — le aconsejó, haciendo un claro gesto hacia su hermano mayor, que los seguía con cara de fastidio.

— ¡Vale mamá! — le respondió Lucas mientras corría hacia los tebeos apilados. Su hermano, que había estado siguiendo la escena desde la distancia, aceleró el paso y se acercó a él.

— Eh, enano... ¿no te crearás que te vas a poner ahora a trastear todo ese montón de tebeos, verdad? ¡Vámonos ya, que mis colegas me están esperando!

Como para remarcar lo que acababa de decir, un tintineo le avisó de que acababa de recibir un mensaje en el *whatsApp*.

— ¿Ves? — insistió sin mirarlo mientras movía sus dedos a una velocidad endiablada por la pantalla del móvil construyendo una respuesta — ¡Vámonos!

Cogió a su hermano del brazo, y lo arrastró un par de metros hacia la salida.

— ¡Eh, déjame! ¡Mamá! — protestó Lucas zafándose de un tirón.

## INMÓVILES: Día

Allí estaba, gestándose delante de sus ojos, la madre de todas las peleas. Si nada lo impedía, estaban a escasos segundos de montar el espectáculo en pleno centro comercial. Lucas corrió de nuevo hacia la cesta llena de tebeos, seguido a pocos centímetros por su hermano. Cuando llegó a su objetivo, cogió un montón con ambas manos y siguió la carrera.

— ¡Te he dicho que nos vamos AHORA! — gritó Tonio. La escena estaba empezando a llamar la atención de la gente que estaba en el interior del hipermercado. Teresa vio a una pareja que cuchicheaba mientras miraba hacia ella.

— ¡NIÑOS! ¡YA ESTÁ BIEN! — ordenó, pero como era de esperar, nadie le hizo caso. Su hijo mayor cogió del brazo a su hermano, pero éste se giró, y la propia inercia que llevaba Tonio lo hizo tropezar y caerse de bruces al suelo. La pila de tebeos que llevaba Lucas salió despedida en todas direcciones, como el confeti en una fiesta de fin de año. Tonio cayó sobre su teléfono móvil. Había salido volando desde el bolsillo del pantalón que, como la mayoría de las prendas que adornaban su armario, era casi dos tallas más grande que la que le correspondía. La música dejó de sonar instantáneamente.

— ¡Ooooh tío! ¡Estás MUERTO! — masculló entre dientes, mordiéndose los labios por la rabia. Estaba tirado cuan largo era, boca abajo, con la cara casi tocando el suelo del Carrefour. Un suelo que a primeras horas de la mañana estaba reluciente, pero que a esas alturas de la tarde ya presentaba las marcas de cientos de suelas.

Aunque en principio no fue consciente de ello, no era sólo la música de su móvil la que se había detenido. También lo había hecho el hilo musical del supermercado.

Y la gente que lo rodeaba, incluida su familia. Estaba sumido en un silencio absoluto, que hacía que escuchase el fluir de la sangre en sus propios oídos. Se levantó de golpe, con un movimiento casi felino, y se giró con la intención de propinar un buen puñetazo a su hermano.

Fue entonces cuando sintió como si la sangre se hubiera detenido de golpe en el interior de sus venas. Se quedó sin habla, y un sudor frío le recorrió la columna vertebral desde la base, provocando que se le erizara el vello a su paso. Las piernas le fallaron, y cayó sentado al suelo, boquiabierto.

La escena que se desplegaba ante sus ojos no tenía nada de especial: su madre y su hermano, en la posición que tenían antes de que él cayese al suelo. Pero estaban congelados en el tiempo. Como si Dios hubiese cogido su mando a distancia y hubiese dado al botón de pausa mientras iba al cuarto de baño celestial a echar una meadita y no quisiera perderse la pelea entre los hermanos. Teresa estaba con el brazo derecho extendido en dirección a ellos, la mano abierta como suplicando que se detuviesen, mientras con la mano izquierda sujetaba el carro. Al fondo, los clientes que paseaban por el pasillo los miraban, tan congelados como ella misma. A unos metros de distancia, una muchacha rubia de unos veintitantos años estaba mirando un vestido corto de color rojo. La tela flotaba inmóvil, como si se hubiese metido en almidón. El pelo largo aparecía ligeramente levantado por las puntas, dando la sensación de que la chica estaba girando la cabeza en el momento en el que el tiempo se había detenido.

Pero el premio gordo a la espectacularidad se lo llevaba su hermano Lucas. Tenía la pose típica de un malabarista que estuviese haciendo girar entre sus manos tres bolas de colores brillantes, con ambas manos extendidas hacia delante y las palmas vueltas hacia arriba. Pero en lugar de bolas, había tebeos.

Flotando a su alrededor.

Un par de ellos estaban a poca altura sobre sus manos y aparecían con la cubierta cerrada, perfectamente cuadrados. Un tercero se había abierto y estaba casi rozando el hombro derecho de Lucas. A Tonio le pareció una estrambótica gaviota de papel multicolor levantando el vuelo con sus alas extendidas. A no mucha distancia de éste había un par más. Uno de ellos había quedado con la portada mirando directamente

## **INMÓVILES: Día**

hacia Tonio, que pudo leer el título, *La Máquina del Cambiazo*. Formando un ángulo de unos cuarenta y cinco grados con éste, había uno más, con la contraportada en paralelo hacia el suelo, enseñando todas sus hojas sin ningún pudor. Cuatro ejemplares más habían tomado la delantera en la caída libre. Uno de ellos estaba tocando el suelo con su esquina inferior derecha, y estaba doblado, como a la espera del impacto que se le había negado, tanto a él como a sus colegas de aventura. Los tres restantes estaban dispuestos a una distancia equidistante unos de otros, casi como formando una escalera.

—¿Q..qué mierda es esto? —balbuceó Tonio, aterrorizado— ¿Qué pasa? ¡MAMÁ!

Se acercó a su madre y le tocó el brazo. Estaba frío como el de una estatua, una reproducción perfecta de su madre, privada del calor que producían los procesos metabólicos de las células en su cuerpo. Además, su brazo estaba duro. No, era más aún. Estaba muy duro, como si realmente fuese piedra esculpida. La piel no se hundía al contacto con su mano. No quedaba marca alguna cuando la retiraba. Tonio retrocedió, tragando saliva. Al expulsar el aire, se le escapó un quejido casi inaudible. Se giró rápidamente hacia su hermano. Era como la figura de cera más perfecta que jamás se hubiera modelado. Miró la expresión de sorpresa de Lucas, y observó maravillado como en sus ojos se reflejaban los tebeos que flotaban más cerca de su cara. Lucas estaba tan frío e inamovible como su madre. Cuando consiguió apartar la vista de su cara, se centró en los tebeos. En el que le había recordado a una gaviota emprendiendo el vuelo. Tocó una de sus hojas abiertas. Fina como una cuchilla de afeitar. Acarició la esquina de la página con la yema del dedo, y una minúscula gota de sangre se dibujó entre los pliegues de su huella dactilar.

—¡Ay! ¡MIERDA! —protestó, llevándose el dedo a la boca. El pinchazo había sido tan diminuto que ni siquiera sintió el característico sabor metálico de la sangre, pero le sirvió como advertencia de que había que tomarse en serio esas hojas rellenas



de viñetas de colores de aspecto inofensivo y manejarlas con cuidado. Evitando el filo, cogió la página e intentó voltearla. Nada. Era materialmente imposible mover aquella finísima hoja de ni siquiera medio milímetro de grosor. Se apoyó en la cesta de los tebeos y levantó la pierna izquierda, apoyándola contra la hoja. Se impulsó con la cesta y levantó el cuerpo, arqueando la espalda y dejando toda la fuerza sobre la página impresa, que resistió el empuje como si estuviese hecha de un material de una resistencia inimaginable en lugar de vulgar papel reciclado.

—Joder —susurró. Se acercó a los ejemplares que habían quedado a menor distancia del suelo. Recordando el pinchazo en el dedo, evitó el que había quedado en contacto con el piso, poniendo especial cuidado con las hojas extendidas y colocó el pie sobre el primero de los tres que habían quedado situados como escalones de una estrafalaria escalera flotante. Apoyó todo su peso contra él, y como esperaba, no se movió en absoluto. Poco a poco, subió el otro pie y quedó en equilibrio sobre el tebeo, como *Michael J. Fox* sobre su monopatín en *Regreso al Futuro*. Con cuidado, pasó al siguiente, y luego al siguiente. Todos ellos resistieron perfectamente su peso, como si fuera una pluma.

—¿Qué mierda es esto? —preguntó en voz alta— ¿Qué ha pasado?

De un salto, se bajó del último tebeo que, como ya suponía, no se movió un ápice, ni con el impulso, ni al verse liberado de su peso.

Aquella situación le superaba por completo. El mundo, a excepción de él mismo, se había detenido. Se alejó unos pasos de su madre y de su hermano, sintiendo que una oleada de terror le nacía en la boca del estómago. Quizás él no fuese la única persona que no había quedado petrificada. Quizás había alguien más.

—¡HOLA! ¿ME ESCUCHA ALGUIEN? —gritó.

Como única respuesta, el silencio.

## INMÓVILES: Día

—¿HOLAAAA? —gritó de nuevo, pero el resultado fue el mismo. Se alejó unos pasos en dirección a la sección de electrónica. Conforme caminaba, el pánico se iba apoderando de él, y casi sin darse cuenta, comenzó a correr, insistiendo en su llamada.

—¿HAY ALGUIEEEEEEEN? —más que una pregunta, era una súplica. Llegó al final del centro comercial, donde tres filas de pantallas de distintos tamaños mostraban idénticas escenas de la película *Avatar*, todas ellas igualmente detenidas en el tiempo.

—*DiosmioDiosmioDiosmio*.... ¿qué hago? —dijo en un murmullo apenas inteligible, sin poder parar de dar saltitos. Necesitaba urgentemente ir al baño. Ya lo necesitaba cuando su hermano decidió convertirse en el fan número uno de Mortadelo y Filemón, pero ahora los nervios del momento habían acelerado el proceso y sentía que si no vaciaba la vejiga a la voz de ya, iba a reventar por dentro. Pensó en ponerse allí mismo, en una esquina. ¿Qué más daba? ¿Quién iba a protestar? ¿El vendedor de electrodomésticos que estaba con una perfecta sonrisa profidén congelada en el tiempo mientras explicaba a una pareja de mediana edad, tan congelada como su propia sonrisa, las bondades de aquel *LG 4K* que tenían por delante? No creía que le importase demasiado. Sin embargo... ¿qué pasaría si de repente el mundo volviese a funcionar? Probablemente que, a los ojos de la pareja y del vendedor, Tonio se materializaría directamente delante de ellos, con su herramienta entre las manos, echando la meada del siglo. Toma, *David Copperfield*, supera esa.

Así las cosas, decidió salir hacia los cuartos de baño. Pasó por delante del guarda de seguridad, al que no le importó en absoluto que no le enseñase si llevaba algo en los bolsillos. Enfiló a toda prisa hacia los servicios, que estaban a unos cincuenta metros a la izquierda de la salida, y corrió dentro. Un hombre de mediana edad estaba usando uno de los aseos de la pared, con la orina describiendo un perfecto arco en el aire, in-

móvil como el resto del mundo. A Tonio no le gustaba utilizar aquellos aseos, nunca conseguía concentrarse con un tío a cada lado, así que, por inercia, y a pesar de que con toda seguridad nadie iba a aparecer a interrumpirlo, se dirigió a uno de los tres aseos con taza del váter. Dos de ellos tenían la puerta cerrada, y el último, al fondo de la sala, la tenía entreabierta. Se dirigió a este último, y la empujó. Evidentemente, en un mundo normal, ésta se hubiese abierto permitiendo el paso a Tonio, pero en el *Increíble Mundo de Todo Inamovible* en el que es imposible mover la hoja de un tebeo, tanto más aún lo era la pesada hoja de madera de una puerta, a pesar de que esa misma mañana el servicio de mantenimiento había engrasado a conciencia las bisagras que chirriaban. Como resultado de la inercia que llevaba Tonio, rebotó contra la puerta y cayó de espaldas cuan largo era, justamente sobre un charco de un sospechoso color amarillento que a todas luces había rebosado de uno de los aseos de la pared.

— ¡Mierda, que *ascoooooo!* — gritó, y se levantó como impulsado por un resorte. Sacudió las manos, que eran las que habían experimentado el húmedo encuentro en todo su esplendor, esperando salpicarlo todo, pero no fue así. De hecho, las tenía totalmente secas. Se acercó al charco con el que, en una situación normal, debería haberse puesto hecho un asco. Lo pisó con el zapato, y sintió su grosor bajo la suela, como si estuviese congelado. El agua (o lo que quiera que fuese) no era ajena a las nuevas reglas del mundo, y también se mostraba inamovible, como una extraña pista de patinaje.

— ¿Pero qué coño...? — empezó a decir, pero se detuvo en seco. Su madre no soportaba oírlo decir tacos, y aunque por regla general aquello se la traía al paio, en esta ocasión se contuvo. Se sorprendió al pensar que era posible que nunca más la volviese a oír regañarle.

Ni a su hermano protestar porque hubiese acaparado la consola durante toda la tarde.

Ni al resto del mundo.

## INMÓVILES: Día

No pudo evitar hincarse de rodillas y arrancar a llorar con desesperación. ¿Qué pasaría si la situación se alargaba en el tiempo? ¿Y si el mundo nunca se ponía en marcha de nuevo?

— Todo se ha ido a la mierda — le dijo al hombre que estaba usando el aseo, y se puso a orinar en el de al lado —. Todo se ha ido a la mierda — le repitió en un susurro desconsolado.

De repente, le pareció oír algo en uno de los cuartos de baño cerrados. Una especie de susurro, como el arrastrar una tela sobre otra.

— ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Como única respuesta, de nuevo el ruido. De nuevo la tela que se desliza sobre otra. No, no era tela. Era seda. Esta vez el ruido fue más intenso, y durante más tiempo. En un momento dado, dejó también de parecerle seda. No podía definir el sonido, pero era algo oscuro. Ominoso. Cientos de gusanos arrastrando sus gelatinosas barrigas contra el suelo. No pudo evitar un ataque de pánico.

— Por favor... ¿Hay alguien?

El ruido se detuvo unos instantes, como si prestase atención a lo que Tonio tenía que decirle. Luego, reanudó su enigmático siseo. Tonio acabó lo que estaba haciendo — o se le cortó, no podría asegurarlo — y se acercó sigilosamente. La puerta no llegaba hasta abajo, así que se agachó un poco y miró. Estaba oscuro. Pero entre la penumbra, podía ver perfectamente la base de la taza del váter y los azulejos del fondo y los laterales, además de una mugrienta papelera de la que rebosaban infinidad de trozos de papel higiénico usados. Pero nada más. Ni zapatos, ni pies, ni las peludas pezuñas del coco. Si dentro de aquel cuartillo había alguien, estaría subido a la taza para evitar que lo viesan. Puede que estuviese tan cagado de miedo como él mismo, la situación no era para menos. Para asegurarse, sólo tenía que clavar una rodilla en el suelo y agacharse, pero tendría que acercarse mucho a la puerta. Demasiado, quizás. Puso la mano sobre la superficie de madera y comenzó a flexionar la rodilla.

— ¿Hola...?

De repente, algo golpeó con la puerta con una furia inusitada. Eran golpes rápidos, frenéticos, despiadados. Tonio se alejó rápidamente. Seguía sin verse nada por debajo, pero el ruido era como si un inmenso (perro guardián) animal estuviese custodiando aquel minúsculo habitáculo. Casi lo pudo ver en su imaginación, sus fauces abiertas mostrando los relucientes y afilados colmillos, con los hilachos de baba escapando por las comisuras. Y los ojos. Unos ojos rojos, malvados, como si vinieran de... de...

Un nuevo golpe, aún más violento que los anteriores, retumbó desde dentro del baño. Si no fuese en contra de las reglas de su recién estrenado mundo, hubiera jurado que... la puerta se había movido. Sólo un poco. Pero era su imaginación...

¿Verdad?

Ni se planteó quedarse a comprobarlo. Salió corriendo de allí a toda la velocidad que sus piernas le permitieron.

Comparado con el entorno, se movía a la velocidad de la luz.